

familia y SOCIEDAD

LA CULTURA CONTEMPORÁNEA Y LA DIGNIDAD DE LA VIDA HUMANA

Gabriel Alonso*

Con este título, quizá demasiado genérico, lo que pretendo es enunciar el contenido de las siguientes líneas que intentarán analizar las claves culturales que originan las diversas consideraciones que merece la dignidad humana y, por ende, su defensa o maltrato. Es ya un lugar común reiterar que nos encontramos ante un panorama intelectual profundamente contradictorio frente al valor de la vida humana y, por ello, ambiguo e indeciso a la hora de la defensa de su dignidad -cuando no claramente relativista o nihilista-.

El fenómeno es muy preocupante y en el magisterio pontificio reciente esta situación se ha expresado como la lucha entre el "evangelio de la vida" y la "cultura de la muerte". Se presentan dos grandes concepciones enfrentadas entre sí en la reflexión sobre la condición y la consideración de la vida humana. Especialmente en nuestro país, desgraciadamente, se vuelven a agitar como bandera ideológica debates como el aborto, la eutanasia, etc. con ánimo de utilizarlos como instrumentos de transformación social y de la mentalidad y concepciones tradicionales de la sociedad.

Tras ello se esconde una agresividad y una radicalización que va mucho más allá de los meros

argumentos. A nadie se le esconde que estos debates, lejos del sosiego y la serenidad que precisan, se dan en un contexto de intencionada confrontación y hasta provocación que, lejos de ser útiles para buscar la verdad y el bien común, sirven para atizar y lanzar las consignas de una determinada cultura y concepción de la vida frente a otra.

Ya no es que el debate intelectual haya llegado a un punto muerto por ser las posturas éticas ininteligibles conceptualmente las unas para las otras -por partir de fundamentos contrarios y ser radicalmente diferentes (como ya advirtió MacIntyre en su célebre obra *After Virtue*)- sino que nos encontramos ante un verdadero choque de "antropovisiones", si se me permite la expresión, donde el afán y el ansia de borrar del mapa determinados planteamientos morales y axiológicos, tenidos en la reflexión clásica y humanista occidental como verdaderos y buenos de manera constante, hacen que se mezclen en esta dialéctica pasiones ideológicas, políticas y emocionales que revisten la "cultura de la muerte" de auténticos tintes de proyecto beligerante de activismo deconstructivo social y cultural.

En la raíz de la pretensión de "despersonalizar" (Julián Marías) la vida humana

* Dr. D. Gabriel Alonso. Subdirector de la Revista Internacional Católica de Pensamiento y Cultura, [Communio](#)

está la afirmación de que el ser humano no es merecedor en sí mismo, por su propio carácter ontológico, de una consideración diferente y diversa al resto de los seres vivos. El término persona había añadido en nuestra tradición cultural una densidad y un valor intrínseco a la dignidad de los hombres que la actual cultura de la muerte pretende superar y disolver relativizando su contenido, adoptando una perspectiva puramente biologicista.

He aquí, en gran medida, la base de la problemática cultural y la encrucijada ética en la que nos hayamos. Se tome el problema que se tome, referido a la vida humana, siempre nos encontraremos que su resolución dependerá del punto de partida: de la consideración que hagamos de qué valor nos merece la condición humana y, por lo tanto, de su dignidad inherente y del respeto a que, en consecuencia, nos obligue.



A mi modo de ver, la actual consideración puramente natural de la realidad humana, que implica su valoración como una realidad biológica más, sin una diferencia cualitativa con el resto de los seres vivos sino, como mucho, cuantitativa es producto de un reduccionismo epistemológico evidente que por erróneo, resulta fatídico y devastador.

Los filósofos estoicos no concebían al ser humano como un ser personal, con todo lo que ello implica, y desde su cosmovisión panteísta confundían su ontología con la del resto del cosmos pero ello no les conducía a eliminar su consideración cuasi-sagrada del lo humano: "el hombre es una realidad sagrada" Con ello no se expresaba la convicción de que existiera una realidad trascendente a la realidad inmanente pero sí que la condición de los seres que estamos dotados de la capacidad de reflexionar sobre nosotros mismos y sobre lo que nos rodea nos dota de unas características cualitativamente diferen-

tes al resto de los vivos y que nos revisten de una cierta dignidad inherente de la que carece el resto de lo existente.

Pues bien, esta concepción materialista si se quiere, en el sentido menos craso de la palabra, pero consciente del "misterio" que implica la vida humana, tan rica y propia de la antigüedad clásica, ha desaparecido por completo en muchos de los planteamientos de la reflexión biológica, ética y antropológica contemporánea. Y su valor es evidente, no por su clasicismo sino por su verdad.

El filósofo Gabriel Marcel, insistía en este sentido en que no podía confundirse el carácter misterioso y el problemático en el análisis de la realidad que somos y que nos rodea. Un problema es algo de lo que contamos con todos los datos y mediante cálculo, manipulación o comprobación obtenemos una solución puesto que lo que manejamos nos es enteramente aprehensible y abarcable. Sin embargo, el misterio es algo que nos supera, que se nos escapa a nuestra entera consideración y nos desborda pues es inaprensible en su íntima constitución. Reconocer que lo humano está dentro de esta última categoría es de un sano realismo, tanto desde el punto de vista filosófico como del científico, y pretender negar este hecho es empeñarse en un positivismo militante que es más ideología y prejuicio que adecuación a la verdad. La fe ciega en la ciencia y su capacidad de desvelar todos los misterios de la naturaleza no deja de ser también una religión que muchos profesan. Regresar al menos, por prudencia, a la excelsa sabiduría griega no sería mal antídoto para los que luchan encarnizadamente contra la tradición filosófica occidental judeocristiana que, por otra parte, tan armónicamente vibraba con la cultura clásica.

Estas reflexiones no son digresiones eruditas sino precisiones radicales, en el sentido etimológico de la palabra, esto es, que van a la raíz del problema. La vida humana, ¿es un simple mecanismo biológico y por lo tanto un mero problema científico a resolver o es, por el contrario, un misterio y un valor a admirar con asombro y tratar con sumo respeto? Su dignidad, ¿es la misma que otro conjunto cualquiera de células, sea cual fuere su complejidad, o por el contrario merece una consideración especial en razón de su cualitativa diferencia y especificidad respecto al

resto de lo existente? He aquí la cuestión, he aquí el nudo gordiano del asunto.

Si la realidad humana es meramente actividad biológica, la consecuencia lógica es que puede ser manipulable e instrumentalizable como cualquier otro material de estas características. De ello se deduce que puede ser genéticamente tratado, mezclado con otras especies, congelado cuando adquiere forma de embrión, eliminado cuando empieza a formarse, detenido su crecimiento cuando se gesta en el útero o el seno materno, seleccionado en función de su validez de acuerdo con criterios eugenésicos o muerto cuando, una vez desarrollado no funciona satisfactoriamente de acuerdo con criterios pragmáticos de utilidad o bienestar físico.

Si, por el contrario, lo humano es algo que merece más consideración que la pura materialidad animal, por su valor intrínseco, no podrá ser utilizado, manipulado, cosificado o dado muerte sin ningún tipo de escrúpulo ni freno. Su especial consideración nos obligará al trato delicado y respetuoso que su valor nos merece. No es necesario entrar en consideraciones ni trascendentes ni religiosas, sino atenernos a los meros hechos y a la fenomenología de la condición humana. Este sentido común mínimo es el que es urgente recuperar y restablecer para no caer en aquello que la propia modernidad, autocráticamente y a través de la Escuela de Frankfurt, ha descrito de su fisonomía (el escaso desarrollo de la razón moral o ética, en favor de la razón técnica o instrumental que ha hiperdesarrollado en detrimento de la primera)

Y no cabe disfrazar la hipertrofia del progreso tecnológico respecto al ético con una patina de moralina progresista. El avance, sin más, del saber instrumental en materia de la vida humana no se justifica de suyo por sí mismo. No todo lo



que se puede hacer, se debe hacer, ni lo todo lo que se logra es automáticamente admisible. Esta lógica es bien conocida a que extremos ha conducido a la humanidad. Sin embargo, se insiste en tachar de conservadores y retrógrados a quienes pretender reflexionar sobre la conveniencia de aplicar determinados avances en materia genética o de ciencia biológica.

De nuevo nos encontramos con el error epistemológico, que ahora se convierte en ético, de sacralizar de manera radicalizada el saber positivo mientras se acusa, paradójica e indiscriminadamente de religiosos fundamentalistas a los que piden prudencia por consideración al respeto que se debe a la vida humana. Este falso juego es tan común y frecuente hoy en día que abre los ojos sobre la existencia de determinados extremismos fanáticos de nuevo cuño que se deslizan en ciertas acusaciones vertidas temerariamente de manera frívola y contradictoria.

La reciente historia de la humanidad nos demuestra que no todo avance lo es en la buena dirección y que no todo logro científico es -automáticamente- beneficioso para la humanidad. Por ello, predicar de ellos que automáticamente han de ser aceptados y admitidos en aras del respeto a la capacidad humana de adquirir nuevos conocimientos y logros es tan ciego y cuestionable que preocupa muy seriamente pensar que tantos caigan en la trampa del enaltecimiento acrítico de la ciencia y sus posibles aplicaciones.

Nadie dice que el conocimiento y las conquistas del saber no sean beneficiosos para la humanidad sino que se ha de ser muy prudente a la hora de hacer uso de ellas pues la naturaleza humana no es, en contra del espíritu roussoniano ilustrado y moderno, benéfica y filantrópica. La historia más bien nos demuestra lo contrario y el optimismo está bien como carácter psicológico personal pero no es lo que se atiende a un sano realismo en el plano colectivo. Y cuando se trata del respeto a la dignidad humana tener presente esta reflexión es más aún pertinente y perentoria. No se pueden dar cabida a sacralizaciones del potencial humano, que ha de ser sometido previamente al juicio moral, bajo capa de no frenar el desarrollo y el progreso puesto que nunca han sido en sí mismos de modo intrínseco beneficiosos y positivos para la humanidad. Como todo, depende del uso que se haga y los criterios éticos que se manejen. Lo demás es un cien-

tificismo ciego y peligroso que sustituye a la razón ética por la instrumental o técnica.

El diagnóstico es, pues, que nos encontramos atrapados en un problema filosófico o cultural antes que científico o técnico al referirnos a la cultura contemporánea y el respeto de la vida humana. Y de él se derivan monstruosidades que pretenden anestesiar la espontánea sensibilidad ética e intelectual humanista como la igual consideración de la dignidad de los embriones humanos y de los chimpancés (P. Singer), de la igual dignidad de la condición humana y de algunos primates (Proyecto Simio), la real y activa eugenesia que se lleva a cabo con determinados diagnósticos "preventivos" (eliminación de niños con síndrome de Down), la mezcla de materiales genéticos y/o embrionarios de la especie humana con los de otras especies (manipulación genética de híbridos), la pretensión de niños a la carta (mediante selección del material genético), la clonación de humanos, etcétera...



A veces el debate en estos asuntos se pretende situar entre sensibilidades religiosas y actitudes científicas, o entre progresistas y conservadores en lo moral, sin saberse muy bien que se quiere decir con ello si no es más que un subterfugio para descalificar la postura del adversario. Bastaría con atenerse a la sabia tradición humanística occidental (y no sólo ella) que es una mezcla de elementos sapienciales, científicos, religiosos y filosóficos, para advertir la necesaria precaución que merece abordar estas graves cuestiones que afectan al porvenir y al futuro de nuestra especie.

Esta tradición, que acumula una sabiduría acrisolada durante muchos siglos, indica que el ser humano no es reducible a un objeto cosificable sin más, o a un elemento como otro cualquiera del conjunto de la realidad natural. Por el contrario, el asombro y la veneración ante el misterio de la condición humana es un legado irrenunciable que hemos recibido desde la noche de los tiempos. La arrogancia de los científicos de nuevo cuño es la que pretende, como aspiraba Laplace, reducir la entraña misma del cosmos o de la persona, a una fórmula matemática o física, o a mecanismos neurobiológicos o químicos o a meros episodios de dinámicos electrofísicos. Sería el logro del sueño de la vanidad humana de descifrar el misterio último de la realidad, del mundo y del yo, para aprehendiéndola creerse dueña y señora de ella: ser los nuevos dioses, en definitiva. Pretendiendo haber agotado el secreto último de los seres, la razón humana se considera a sí misma cuasi-divina, pues estaría en condiciones de re-crear los mismos o de disponer de ellos desde su nueva condición de concedora de la totalidad y, por lo tanto, de su supuesta capacidad de disponer de ella como dispusiera.

El asombro y el sobrecojimiento ante el misterio real de lo que nos rodea y de nosotros mismos, que ni mucho menos está agotado, induce, como lo ha hecho a los grandes sabios a través de los siglos e incluso aún hoy, a plantearse con cautela la pretensión positivista de haber desentrañado casi el entramado último e íntimo de las cosas y, por ello, y de precipitarse sobre la vida humana despojándola de su carácter ontológicamente precioso -manipulándola y usándola como si de algo que nos perteneciera se tratara. Este hecho es fruto de la traslación filosófica de la ilusión niestzchiana de haber dado muerte a Dios al plano de la epistemología y la ciencia, por otro lado tan característica del relativismo postmoderno nihilista que es el marco cultural e intelectual donde hay que encuadrar la cada vez más arrogante "cultura de la muerte" y sus ideologías adyacentes. ■

